

EL SILENCIO DE CLARA LYNDON

ELENE LIZARRALDE



B

Índice

EL SILENCIO DE CLARA LYNDON

Sinopsis

PRIMERA PARTE BATH-LIZARD

BATH-LIZARD 1995

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[SEGUNDA SEGUNDA](#)

[ÉIBAR-MADRID-BARCELONA-BATH 1948-1951](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[TERCERA PARTE](#)

[BATH-MADRID-ÉIBAR 1995](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[Epílogo](#)

[En homenaje](#)

[Notas](#)

[Autora](#)

Una gran historia de lucha y de esperanza, y un recuerdo a todas las mujeres que, antes como ahora, supieron abrirse camino a pesar de las dificultades.

Una historia real que merecía ser recuperada.



Bath, Inglaterra. Máire acaba de regresar del hospital con su abuela, Clara Lyndon. Durante sus delirios, la oyó hablar en euskera, y la joven se pregunta qué secretos le oculta. Cuando le pregunta, Clara le confiesa toda la verdad: cómo nació en un pueblo de Bilbao y se convirtió

en «raquetista», y cómo su relación con el hombre equivocado la obligó a huir y adoptar una nueva identidad

Una novela que, a la vez que recupera un capítulo necesario de la historia de las mujeres, nos cuenta la emocionante vida de Miren Arrúe. Su infancia en Eibar, el descubrimiento de la amistad y la pasión profesional en Madrid, sus decisiones sentimentales y amorosas y, finalmente, el mágico momento en el que la vida le brindó una segunda oportunidad

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mi hija Intza, el alma de la casa, mi ángel.
A mis hijos, Xabi, Jon y Pol, mis tesoros, mi vida.
A Ramón, mi amor*

«Juntos, la vida es perfecta.»

Mi pulso se aceleró cuando vi al cartero entrar por la puerta de la librería.

—Buenos días, Tom.

—Buenos días, señora Lyndon.

Podía haberse tratado de un paquete o de una notificación, pero lo que Tom sostenía en su mano era una carta. El mismo papel verjurado, aquella caligrafía siniestra y mi nombre, Clara Lyndon, escrito en el sobre.

—Esta vez se ha retrasado —dije con un hilo de voz.

Nadie conocía el significado de aquel sobre salvo yo. Aquellas cartas habían llegado puntualmente cada primero de mes desde mi llegada a Bath. Y ahora, justo cuando comenzaba a albergar la esperanza de que aquella correspondencia hubiera llegado a su fin, aparecía ante mí una nueva misiva para recordarme que nunca más volvería a ser libre. Hice un esfuerzo inhumano para controlar mis emociones.

Me acerqué al escritorio. Como de costumbre, había seleccionado dos libros para Tom; para nuestro intercambio habitual: una carta por un libro. Una vez lo hubiera leído me lo devolvería.

El cartero disfrutaba de la lectura que escogía para él. Esta vez había elegido dos buenas novelas: *El cazador oculto* de J. D. Salinger y *Grandes esperanzas* de Charles Dickens.

En el último momento descarté la primera. El título de Dickens, aunque en ese momento resultara paradójico, era la mejor opción. Tom era una persona solitaria y culta que,

de no haberse visto obligado por las circunstancias, seguramente habría elegido otro tipo de vida. En eso nos parecíamos.

—Aquí tiene. Espero que lo disfrute. Gracias.

Él me devolvió *Éxodo* de Leon Uris; envuelto en papel de periódico, como siempre.

—Gracias a usted, señora Lyndon.

Dudó un instante. Solíamos entablar una conversación sobre su lectura más reciente. Pero no ese día, no en ese preciso momento, cuando todas mis esperanzas habían saltado por los aires.

Debió de percibir que algo pasaba; desistió y se fue.

Deirdre, que había sido testigo mientras atendía a un cliente, fiel a su discreción, hizo como si no hubiera visto nada. Entré corriendo en la casa, subí a mi dormitorio, y sentada en la cama con la carta en la mano rompí a llorar como una niña. No necesitaba leerla para saber qué decía. Me sentí rota. Jamás volvería a verlos.

PRIMERA PARTE

BATH-LIZARD
1995

1

La luz del atardecer se filtraba por las ventanas de la cocina. Mientras preparaba el café, me preguntaba qué habría sido de mi vida sin ella.

Apenas había pasado un mes desde que volví aquel día de la universidad. Nunca olvidaré la sensación de angustia cuando la encontré en su habitación, tumbada en la cama, delirando a causa de la fiebre. Rápidamente la llevé hasta el hospital más cercano. Los médicos no tardaron en determinar que se trataba de una neumonía. Pasaron horas hasta que consiguieron estabilizarla. Las más largas que recuerdo. Pero ahora, después de varias semanas de ingreso, por fin estábamos de nuevo en casa.

Vivíamos en el condado de Somerset, en Bath, en la casa de piedra que había pertenecido a nuestra familia desde hacía más de doscientos años. No me había separado de ella desde que fallecieron mis padres siendo yo todavía un bebé. Éramos como una prolongación la una de la otra; ella había tenido a mi madre con apenas veinte años, y esta, a su vez, me había tenido a mí también con la misma edad, así que todavía era una persona joven, siempre lo había sido, también en mentalidad. Mi madre estudiaba para maestra cuando conoció a mi padre, y nací antes de lo que cabía esperar. Sin embargo, dicha circunstancia, a pesar del ambiente social «delicado» y «exclusivo» en el que vine al

mundo, jamás se silenció. La abuela, como solía decir Margaret, su mejor amiga, parecía de otro planeta. Y aunque no hacía alarde de su forma de ser resuelta e independiente para una mujer de su edad porque era muy discreta, nunca se dejó influenciar por las normas y valores establecidos en el entorno en el que nos desenvolvíamos. En privado, hablábamos sobre cualquier tema; desde bien pequeña me invitaba a cuestionar, que no juzgar, las cosas que pasaban a nuestro alrededor, y la mayoría de las ocasiones llegábamos a conclusiones diferentes, en las que, por supuesto, solíamos estar de acuerdo. La admiraba y la respetaba, pero, sobre todo, le estaba profundamente agradecida por cuanto me ofreció desde que se hizo cargo de mí: amor y una formación basada en valores en los que prevalecían la bondad y la generosidad, pero también, en hacerme fuerte e independiente; «pasara lo que pasase podía elegir», dependía de mí ejercer la libertad de decidir, nunca de los demás. La abuela era mi vida, y había estado a punto de perderla.

Por un momento, antes de llevar la bandeja al jardín, donde la había acomodado al llegar, vino a mi memoria el recuerdo de lo ocurrido durante su estancia en el hospital. A mi temor porque pudiera pasarle algo, se le sumó una inquietud: su sueño, profundo y tranquilo hasta entonces, en el hospital se había vuelto nervioso y agitado. Los médicos y enfermeras lo achacaban a la fiebre, pero a mí me perturbaba. Creía conocerla bien, y su estado me generaba una profunda tristeza. Apenas se despertaba y cuando volvía a caer dormida, rendida por la enfermedad y la medicación, susurraba e incluso lloraba; sus ojos derramaban lágrimas